

CELEBRACIONES Y MEMORIAS

DECLARACIÓN

Me propongo cantar seguidamente
a la patria cantándole a su gente.

Cantándole a sus hombres y mujeres,
sus hazañas o humildes menesteres.

Sus acciones notorias o ignoradas
que merezcan aquí ser celebradas.

Por tanto no hallarán en estos versos
personajes mezquinos o perversos.

Aunque algunos de incierta condición
quizás traiga también a colación.

Ya que a veces sujetos detestables
tienen ciertos aspectos rescatables.

Declaradas así mis intenciones
comenzaré a hilvanar celebraciones.

Que serán concertadas en memoria
de aquellos que forjaron nuestra Historia.

Personas que en la paz como en la guerra
dejaron una impronta en esta tierra.

En esta hermosa tierra, en este suelo,
que acaso estén mirando desde el cielo.

I

JUAN DÍAZ DE SOLÍS

Después de atravesar un ancho mar
que los mitos dejaran de habitar.

Después de navegar aguas serenas,
sin serpientes, endriagos ni sirenas.

Continuando su larga travesía
junto a orillas sin nombre todavía.

Arribó finalmente a este país
el Piloto Juan Díaz de Solís.

Remontó con su grácil carabela
aguas fluviales de color canela.

Hasta bajar con picos y con palas
en una isla que sombrean los talas.

Para cumplir en ella la obra pía
de sepultar allí a Martín García.

Un joven tripulante fallecido
que quedó bajo un ceibo florecido.

Mientras recita con devota unción
su jefe en alta voz una oración.

Concluida la oración, breve y sencilla,
Solís observa que en la opuesta orilla

les dirigen saludos y señales
algunos efusivos naturales.

Ordena disponer sendas falúas
y remar hacia el grupo de charrúas.

Que al llegar las falúas se han metido
de nuevo donde el monte es más tupido.

Solís, desconcertado, mira en torno
dispuesto a comenzar pronto retorno.

En el puño del arma pone mano
y se detiene el pulso del verano.

Ya no suena el silbido de la brisa,
hasta el sol finge andar menos de prisa.

Entonces, cual temible catarata,
un chaparrón de flechas se desata,

poblando de alaridos la mañana
al morder en la carne castellana.

Traspasado, Solís se tambalea
sin encontrar con quien trabar pelea.

Y expira con el rostro entre los yuyos,
junto al cuerpo de varios de los suyos.

El único español que no cae muerto
será el grumete Francisco del Puerto.

Que ha quedado espantado pero vivo
y a quien los indios llevarán cautivo.

Concluida la feroz carnicería,
el drama no concluye todavía.

Pues algunos afirman que allí mismo
hubo casos de cruel canibalismo.

Practicado conforme a los rituales
de sangrientas liturgias ancestrales.

Así, tintas sus aguas de escarlata,
entró en la Historia el Río de la Plata.

II FRANCISCO CÉSAR

Le sucedió a Solís como Piloto
Mayor cierto nauta veneciano
al que llamaban Sebastián Gaboto,
adaptado su nombre al castellano.

Llegó al Plata y siguió contra corriente
por el curso del río Paraná,
para construir un fuerte finalmente
en la confluencia del Carcarañá.

Bautizado Sancti Spíritu el fortín,
resultó la primera población
construida por España en el confín
más austral de su Imperio en expansión.

Así queda asociada a estos parajes
la Tercera Persona trinitaria,
protegiendo su gente y sus paisajes
desde esa población originaria.

Y no mucho después de haber llegado,
conservando aquel fuerte como centro,
una patrulla con ánimo esforzado
partirá hacia el oeste, tierra adentro.

Conformaban un grupo reducido
los hombres que aquel día partirán;
un grupo de soldados conducido
por un alucinado Capitán.

Fracisco César se llamaba el hombre
que encabezara el breve contingente;
Fracisco César, quien daría su nombre
a un mito prolongado y recurrente.

A un mito deslumbrante que daría
lugar a mil empresas destinadas
a alcanzar la ciudad que contendría
las maravillas por César relatadas.

La Ciudad de los Césares, construida
con plata y oro, rubíes y amatistas,
para albergar riquezas sin medida
y refulgentes gemas nunca vistas.

La Ciudad de los Césares, quimera
inasible y tenaz, sueño ilusorio
que impulsó sin embargo la primera
exploración de nuestro territorio.

III BUENOS AIRES

Pedro de Mendoza

Don Pedro de Mendoza, Adelantado,
vino aquí procurando la virtud
de un árbol que le habían mencionado,
capaz de devolverle la salud.

Levantó en la barranca del Riachuelo
un real de condición más bien precaria
que los indios miraron con recelo
confiándola a la Virgen de Bonaria.

Una dulce Madonna de Cerdeña
que a los marinos brinda protección
y que cobija a la ciudad porteña.

Ciudad que comenzó sin intención
de ser ciudad, ni grande ni pequeña
y que hoy es capital de una nación.

Juan de Garay

Constituida en cimiento y en raigambre
Buenos Aires soportó mil desventuras.
Incendiada y sitiada por el hambre
conoció sucesivas amarguras.

Despoblada, no obstante se valdría
Garay de esa raíz para fundar
sobre ella una ciudad que asombraría
por la importancia que llegó a alcanzar.

Buenos Aires, ciudad de fantasía;
Buenos Aires, ciudad de fina estampa,
cosmopolita y criolla todavía.

Capital luminosa cuando escampa,
aunque pueda inspirar melancolía,
amada por el río y por la pampa.

IV MENCÍA DE CALDERÓN

Mencía de Calderón
fue mujer de armas tomar
y supo capitanear
a otras de su condición.

Después de haber naufragado
en las costas del Brasil
con su séquito gentil
se vino para este lado.

Encaró con decisión
una extensa caminata
y alcanzó la catarata
de Iguazú, rumbo a Asunción.

La selva no la arredró,
ni los bichos ni las fieras
y así con sus compañeras
al Paraguay arribó.

Se propuso conseguir
el cargo de Adelantado
para un hijo poco osado
que no se animó a venir.

Y además suministrar
consorte a los españoles
que sin mayores controles
se dedicaban a holgar.

“Paraíso de Mahoma”
la llamaban a Asunción.
¡Basta! dijo Calderón
¡aquí se acabó la broma!

¡Se acabaron la huríes,
señores conquistadores!
¡Basta de ganar favores
de muchachas guaraníes!

Sucedió así que Mencía
puso coto al mestizaje
y ella misma un gran linaje
a esta tierra brindaría.

Por cuanto abuela sería
de Hernandarias, el primer
criollo que llegó a tener
poder, mando y nombradía.

V INCLUSIÓN

Y no quiero dejarme en el tintero
dos nombres con mérito señero:

Ayolas, que logró llegar a pata
a las esquivas Sierras de la Plata.

E Irala, conductor indiscutido
de un pueblo pendenciero y atrevido.

VI HERNANDARIAS

Hernandarias de Saavedra nació aquí:
tuvo por cuna la tierra guaraní.

Vino hasta el Plata, dejando Paraguay
y se casó con la hija de Garay.

Gobernó en este solar americano,
representando a un monarca hartos lejano.

Se condujo con prudencia y con pericia,
trató al indio con benévola justicia,

alzó iglesias de ladrillo y de escayola,
trajo a los hijos de Ignacio de Loyola.

Y aquellas veces que se hizo con el mando
combatió sin vacilar el contrabando.

El contrabando privado y oficial
que corrompía la vida colonial.

Buscó Los Césares al lado de su suegro
y después fue a buscarlos al Río Negro.

Finalmente el gran caudillo morirá
en la extinguida ciudad de Cayastá.

Y sus despojos aún se pueden ver
junto a aquella que fuera su mujer.

Yo con estas estrofas he querido
contribuir a rescatarlo del olvido.

VII FUNDADORES

Dedicaré estos versos, de manera genérica
a aquellos que fundaron ciudades en América.

A aquellos que pusieron la primera semilla
de poblaciones criollas en nombre de Castilla.

Después de analizar las aguas y los vientos
resolverían respecto a sus emplazamientos.

Que deberían estar alejados, por cierto
del mar para evitar transformarse en un puerto.

Porque consideraban como muy necesario
ponerlas a cubierto del influjo portuario.

Con una ceremonia que el fundador inicia
se plantaba en el suelo el Rollo de Justicia.

Y aquél con un mandoble, dos tajos y un revés,
corta matas de pasto y requiere después

si hay alguno que objete concluir la fundación,
para luego acabarla rezando una oración.

Y extender finalmente un acta notarial
donde conste quién forma el Cabildo local.

Fue así como nacieron y existen todavía
las ciudades que pueblan nuestra ancha geografía.

Ciudades con terrazas, con calles desparejas,
con paredes de adobe y baldosas bermejas.

Ciudades con tertulias, visitas, procesiones,
chocolate, torrejitas y alarmas de invasiones.

Ciudades que fundaran recios conquistadores,
regando sus cimientos con sangre y con sudores.

Garay, Núñez de Prado, más Juan de Salazar
y Argañaraz son nombres tomados al azar.

Como Jufre y Aguirre, Del Castillo y Cabrera,
Ramírez de Velazco y Villarroel o Vera.

Extremeños y astures, vascos y castellanos,
levantinos, baturros, leoneses, sevillanos.

Salud, viejas figuras que la gloria ilumina;
salud, antepasados de la patria argentina.

VIII LA VIRGEN MARÍA

Muy pronto nuestra América tendría
visitas de la Madre del Señor
y las advocaciones de María
florecerían en todo su esplendor.

Se hizo presente en Méjico a Juan Diego
y en su poncho, de modo prodigioso,
quedó impresa la imagen que a su ruego
observaría un obispo receloso.

En Brasil fue llamada Aparecida
y, siempre en esta tierra americana,

en Bolivia también fue conocida
como Señora de Copacabana.

Y omitiendo una nómina completa
de imágenes que fueron y serán
veneradas, recuerdo la carreta
que nos trajo a la Virgen de Luján.

Veraces testimonios del profundo
cariño que María ha demostrado
por las comarcas de este Nuevo Mundo
que su sagrado manto ha cobijado.

IX REDUCCIONES

¡Qué feliz coincidencia
del mundo guaraníco
con la fe y la sapiencia
del estilo jesuítico!

Porque Dios, en efecto,
empleó su providencia
para dar cauce recto
a dicha convergencia.

Así los guaraníes
fueron catequizados
igual que los tupíes,
y tapes agregados.

Los indios aprendieron
la santa religión
y asimismo tuvieron
adecuada instrucción.

Aprendieron oficios,
prácticas y teorías,
olvidaron los vicios
y oscuras brujerías.

Tallaron querubines
y arcángeles dorados,

construyeron violines
e instrumentos variados.

Formaron el Concejo
de cada Reducción,
aprendiendo el manejo
de su administración.

Incluso poseyeron
un ejército propio,
para el cual dispusieron
hacer de armas acopio.

Y a modo de remate
de tanta maravilla
nos legaron el mate
y quizá la bombilla.

Pero un rey ilustrado,
con decisión impía,
celoso y desconfiado,
echó a la Compañía.

Partieron los jesuitas
y llegó el abandono,
comenzaron las cuitas,
el ocio y el encono.

La selva y la maleza
ganaron posiciones
y la naturaleza
ahogó a las Reducciones.

Se hundieron los cimientos,
vacilaron los arcos,
a algunos pavimentos
los cubrieron los charcos.

Y donde hubo un imperio
de trabajo de y de fe
quedó sólo el misterio
de aquello que se fue.

X
SANTOS

Canto a Roque González de Santa Cruz
y le canto a sus heroicos compañeros,
jesuitas todos, que fueron los primeros
que aquí darían su sangre por Jesús.

Le canto asimismo a Francisco Solano,
catequista que al son de su violín
traduciría lecciones del latín
trajinando territorio americano.

Celebro además a un insigne prelado,
Toribio de Mogrovejo se llamaba,
en una inmensa diócesis mandaba
como pastor prudente y apreciado.

Y es preciso mencionar a Santa Rosa,
incluyendo su nombre en mi reseña,
delicada y fragante flor limeña
de esta América patrona poderosa.

X
MALVINAS

Una nave que el viento sacudía
avistó tras su manto de neblinas
unas islas no vistas todavía
y que más tarde llamarían Malvinas.

La nave era española, siendo España
la nación que después las regiría,
aunque luego un francés, en lengua extraña,
un nombre a tales islas les daría.

Y después un inglés pretendería
en ellas hacer pie, mas una flota
que zarpó de Buenos Aires lograría
recuperar aquella zona ignota.

El Capitán, don Juan de Madariaga,
que el mando de los buques investía

se mereció por ello que aquí le haga
la mención que su empresa merecía.

Y si bien Gran Bretaña usurparía
las islas en mil ocho treinta y tres,
confía nuestra patria en que algún día
podrá arrancarlas del dominio inglés.

XI EL VIRREINATO

Ante el continuo avance lusitano
que corría la frontera a cada rato,
España con un gesto soberano
se decidió a erigir el Virreinato.

Y designó a don Pedro de Cevallos
para ocupar el puesto de Virrey,
quien llegó con infantes y caballos
dispuesto a imponerse en buena ley.

Militar de carrera, General,
marchó sobre Colonia a dar batalla,
la tomó por asalto y al final
ordenó que demoliesen su muralla.

A Cevallos le siguió don Juan José
de Vértiz, que con sebo alumbraría
Buenos Aires y según lo que yo sé
un teatro y una imprenta le daría.

Y sólo por citar a más de tres
virreyes, sin contar al que no vino,
recordaré a Loreto y Avilés,
a Arredondo, a Pacheco y a del Pino.

El virreinato fue modesta corte,
de sesgo notarial o aventurero,
de funcionarios con pomposo porte
y militares de ademán severo.

Ámbito del pleito que se embrolla
y de la espera del navío pirata,

balcón portuario de la tierra criolla
para avizorar el mundo desde el Plata.

XII EL GAUCHO

Circunspecto señor de la llanura,
jinete reservado y enigmático,
encarnación de un mito que perdura
hasta darle carácter emblemático.

Cruza el gaucho al galope nuestra Historia
como símbolo de anónima bravura,
asociado al clamor de la victoria
o a la derrota dolorosa y dura.

El gaucho, que al compás de la guitarra
exhuma su recóndita ternura
y la pena que el alma le desgarrar.

El gaucho, cuya clásica figura
ilustra aquel capítulo que narra
de la patria sus años de ventura.

XIII INVASIONES INGLESAS (El ataque)

Apacible entre las toscas y los talas
o en la discreta penumbra de sus salas,

bajo el rescoldo rojizo de sus tejas
y en el encaje forjado de sus rejas.

En sus torres campanas silenciosas
y repetidas veletas veleidosas,

en sus patios camelias y jazmines,
y en sus iglesias retablos y latines,

en sus tertulias el mate con azúcar,
en la rada goletas de Sanlúcar,

y un aire vespertino que se enreda
en las ramas al pasar por la Alameda,

con el sol por cobija contra el frío
Buenos Aires dormita junto al río.

Dormita Buenos Aires ignorando
que una escuadra se viene aproximando.

Una escuadra que llega en son de guerra
y enarbola banderas de Inglaterra.

De la cual al día siguiente bajarán
batallones al fondear en Barragán.

Donde una guarnición muy reducida
casi sin combatir será vencida.

De manera que pronto los britanos
tendrán a Buenos Aires en sus manos.

Que escuchará en sus calles con sorpresa
las gaitas y su música escocesa.

Contemplará asombrada a los soldados
que visten uniformes colorados,

el fusil suspendido de través
y platicando entre ellos en inglés.

Mientras cierta neblina protestante
le imprime al desembarco su talante,

saturado de móviles ocultos
tras la instaurada libertad de cultos

y la otra libertad, la comercial,
que integra la doctrina liberal

que aquí se practicaba desde cuando
comenzó a practicarse el contrabando.

Reticente, sin dar muestras de pánico,
recibió la ciudad al león británico.

Se embozó en la penumbra de sus salas,
recatándose a la sombra de sus talas.

Para armarse de todo su valor
y expulsar sin demora al invasor.

(La Reconquista)

Un marino francés puesto al servicio
de España asumirá desde su inicio

la misión que le encargan los porteños,
comprometiendo en ella sus empeños,

su pericia, su valor y la elegancia
que distingue a los hijos de la Francia.

Santiago de Liniers fue aquel marino
que encontró en Buenos Aires su destino.

Y prometió a la Virgen del Rosario
echar de la ciudad al adversario.

De modo que cruzó rápidamente
a la otra banda convocando gente.

Con la cual regresó por vía fluvial
en medio de un furioso temporal.

Desembarcó en el Tigre y a despecho
de la tormenta continuó derecho

a Buenos Aires, sumándose enseguida
voluntarios que son de la partida

(entre ellos está ya la división
de paisanos que manda Pueyrredón).

Y se aproxima así a la capital
la columna avanzando entre el fangal.

Vienen a pie o montando redomones,
empujando en el barro los cañones.

Armados con tacuaras o pistolas,
facones y oxidadas tercerolas,

sin faltar un cantor que se proponga
darle tono marcial a una milonga

y transformar en marcha militar
el estilo que empieza a canturrear.

Ya están los atacantes en Retiro
y ya se escucha el eco de algún tiro.

Liniers de la ciudad se encuentra dentro,
marchando con los suyos hacia el centro.

Una dama le arroja su pañuelo
y lo alza con el sable desde el suelo.

El asedio se estrecha de tal suerte
que empuja a los ingleses hasta el Fuerte.

Súbitamente cesa la batalla
y surge un trapo blanco en la muralla.

Se adelanta Hilarión de la Quintana
y a Beresford el tránsito le allana.

Para darle a Liniers en plena plaza
su espada que el marino le rechaza.

Y a los pies de la Virgen, ofrendadas,
quedarán las banderas conquistadas.

(La Defensa)

Si bien el invasor ha prometido
abandonar el Plata no se ha ido.

Y prepara una nueva expedición
con Whitelocke por jefe en la ocasión.

Buenos Aires se apresta a la defensa
en una espera resuelta pero tensa.

Ya no habrá de encontrarla su rival
dormitando una siesta colonial.

Pues en los pocos meses que han pasado
un verdadero ejército ha formado

Un ejército auténtico y genuino,
origen del Ejército Argentino.

Compuesto por diversos regimientos
que incluyen diferentes estamentos,

los cuales en su rica variedad
representaban nuestra sociedad.

Patricios, Arribeños, Vizcaínos,
Morenos, Cazadores Correntinos.

Infantes y jinetes, artilleros,
Andaluces, Migueletes, Granaderos.

Y para dar comienzo a la jornada
el enemigo atraca en Ensenada.

Continuando sin tropa que lo espere
hasta llegar a Plaza Miserere.

Donde Liniers y su fracción patriota
sufirán una rápida derrota.

Fue entonces que surgió la gran figura
de la Defensa, enérgica y segura:

Martín de Álzaga, el esforzado alcalde,

que logró que el inglés viniera en balde.

Calculó con cuidado los detalles,
hizo cavar trincheras en la calles,

fortificar las torres y las plazas,
convirtiendo en bastiones las terrazas,

y levantar incontables barricadas,
manteniendo las casas bien cerradas,

para guardar arriba, en la azotea,
un temible arsenal de aceite y brea,

que hirviendo lloverán más tarde, cuando
los ingleses se vayan acercando.

Y así nomás sucederían las cosas
en aquellas jornadas clamorosas.

Cada vivienda fue una fortaleza,
y fue cada conducta una proeza.

Un guerrero ejemplar cada vecino,
cada mozo un soldado repentino.

Hubo en cada mujer una heroína,
y un sólido baluarte cada esquina.

Fue así que Buenos Aires cobraría
conciencia de su fuerza y su valía.

Concibiendo después de esa experiencia
cierta premonición de independencia.
